

LA AVENTURA DEL DIBUJO

En el ejercicio del arte, el dibujo exalta la individualidad más secreta del artista. Esto obra con una profundidad perceptible, los trazos y los colores encuentran su fuerza vibrante en la hoja cándida. Y a menudo la pericia técnica del artista permite ver más allá del trazo. Trazo que vuelca lo real, determina sus confines espaciales, desplaza la sombra y la luz, concibe de un modo diverso tanto el color como su ausencia. La suya es al mismo tiempo visión e incisión física sobre el papel. Una muestra de dibujos reclama, casi siempre, un tipo distinto de atención por parte del visitante respecto de aquello que reclama una muestra pictórica. El dibujo, por su naturaleza, demanda una distancia y a mismo tiempo una puesta en foco de la mirada mucho más cercana y más constante, casi asimilada a cuando se escribe, en un campo visual acotado y fijo para captar todo en su conjunto, inclusive cuando se trata de un dibujo complejo y detallado.

Sobre la hoja el artista opera directamente, y esto es más verdadero todavía en estos dibujos *italianos* de Francis Bacon, en los cuales pareciera que el artista se mirara al espejo, pero frente a él se encuentra sólo con su fantasía, su deseo de ir más allá de la imagen reflejada, en un intento tras otro de capturar, de develar, de rever.

En estos dibujos *italianos*, Francis Bacon, probablemente no consciente de su técnica, ha recreado un misterio en el cual la sombra delinea la luz y pone en evidencia lo impalpable del alma humana casi como en una transparencia, pero en realidad el conjunto se transforma en una densidad. La densidad del ser humano en relación con toda su vida y con su naturaleza que no siempre es fácil ni siempre agradable: esto parece recordarnos Bacon con sus dibujos. En estas obras hay sin duda una idea de indagar más allá, de manera solitaria, como siempre ha producido en su vida, al amparo de la historia y de la realidad, entrando en la infinita aventura del Yo mismo, pero también de los otros o de lo divino. Como escribió Giorgio Ruggeri en la primera presentación de estos dibujos en Boloña en 1981: “Como en sus cuadros mayores, también en estos dibujos de pobres semblantes que parecen trazados como con desaire, no hay solo un grito, una mueca o un simple estrato psíquico. En estos rostros hay tanto de nosotros”. Indagando sobre su historia personal como en una especie de *remake* de su vida de pintor, reaparecen las imágenes de Inocencio X, los autorretratos, los retratos de amigos, todo ello registrado con bocas gritando, con dientes rechinantes y ojos con las cuencas oculares vacías, pero sin esmero, sino al contrario, una búsqueda casi obsesiva de deformar, confundir lo preexistente en una

percepción voluntaria desagradable, de caos exterior e interior. Y justamente aquí reside la fuerza y la grandeza de Francis Bacon, la de proponer y creer que la creatividad pasa a través de la imperfección como un punto alto del arte. Y la fuerte imperfección que se advierte en sus obras, exaltada en estos dibujos, realza el goce estético de un modo espontáneo, sin ninguna posibilidad de sugerencias exteriores a la pura visión.

Una visión donde la crueldad poética de lo real es fielmente reflejada, se revela enteramente luego del impacto entre la hoja de papel y el lápiz, restituyendo al momento silencioso de la creación. Como si el artista pusiera en evidencia algunos aspectos de una realidad imprescindible en el hacer arte. Se trata de experiencias directas (el puro contacto con lo humano) que no pueden ser enunciadas de un modo *realista* sino a través de vías de comportamiento visual distintas con las que compone sus obras, sustrayéndolas al juego de la acumulación para soñar libremente desde allí una nueva historia, una historia aparentemente sin argumento.

Gilles Deleuze nos dice: “En todo caso Bacon no ha renunciado jamás a querer eliminar *lo sensacional*, es decir la figuración primaria de aquello que provoca una sensación violenta”. Éste es el sentido de la fórmula: “He querido pintar el grito, más que el horror”, y a la pregunta de Sylvester: “Dices querer registrar diferentes niveles de sensaciones en una única imagen. ¿No crees que entre las varias sensaciones que expresas se encuentran también el amor y el odio? ¿Que al mismo tiempo acaricias y agredes?”, Bacon contesta: “... no pienso exactamente así, es una cosa mucho más profunda. Yo me pregunto: ¿cómo siento que puedo representar esta imagen de un modo más inmediatamente real para mí? Todo está ahí”.

La aventura creativa de Francis Bacon pone por lo tanto en evidencia cómo entre lo sólido y lo impalpable no hay límites. La superficie aparece así invariable y atemporal, florece y se deshoja en su mutación radical. “Al día siguiente he intentado ir más allá. He buscado expresar la imagen más verdadera, más precisa, y la he perdido”. Por lo tanto su sustancia es puro misterio, pese a que la fuerza de los surcos sobre el papel sugieran una realidad que cede bajo la fuerza del horror y de la angustia humana.

Porque la realidad, como la historia, está siempre atravesada por estremecimientos que provienen del pasado, y solo a ellos la memoria del artista hace referencia cuando afronta el arte.

Massimo Scaringella